

Anselm Grün

Pureza de corazón

Camino de la búsqueda de Dios
en el antiguo monacato



Desclée De Brouwer

ANSELM GRÜN

PUREZA DE CORAZÓN
CAMINOS DE LA BÚSQUEDA DE DIOS
EN EL ANTIGUO MONACATO

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2015

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN	11
INTRODUCCIÓN	15
I. LA ESENCIA DE LA PUREZA DE CORAZÓN.	19
II. MEDIOS PARA ALCANZAR LA PUREZA DE CORAZÓN.	25
1. Ascesis	26
La ascesis como arte	26
La ascesis como combate con los vicios	32
2. El enfrentamiento con los pensamientos	40
Autoobservación	41
Análisis de nuestra relación con el prójimo	41
La función terapéutica del prójimo	46
El enfrentamiento con los pensamientos	50
Análisis y ordenación de los pensamientos	56

La manifestación de los	
pensamientos	66
3. Vías no-ascéticas	68
III. INDICIOS DE PUREZA DE CORAZÓN	73
IV. LA VÍA HACIA LA PUREZA DE CORAZÓN Y	
NOSOTROS	79
1. Oración y ascesis	80
2. Oración y conocimiento de sí.	82
3. La oración como curación del hombre	84

PRÓLOGO A LA NUEVA EDICIÓN

El libro *Pureza de corazón* fue el primer texto breve que entregué para su publicación. El año 1975 habíamos celebrado en la abadía la primera de nuestras reuniones en que tratamos de hacer dialogar a nuestras experiencias con la psicología de Carl Gustav Jung y la meditación zen, que habíamos aprendido bajo el magisterio de Karlfried Graf Dürckheim, con las experiencias de los Padres del desierto de los siglos IV a VI.

Con motivo de esta ocasión, habíamos invitado a religiosos y psicólogos. El padre Fidelis Rupert fue por entonces el iniciador de estos cursos. Era uno de los primeros a los que nosotros, los monjes jóvenes, habíamos familiarizado con la meditación zen en un curso, y había pasado un tiempo en Rütte hospedado por Graf Dürckheim. El padre Fidelis había hecho su doctorado en Würzburg con una tesis sobre el concepto de obediencia en Pacomio, y tenía por ello un conocimiento de primera mano del monacato antiguo. A mí me había encargado que investigara la “pureza de corazón” en los primeros monjes y que diera una conferencia sobre el tema.

Poco antes, yo me había doctorado en Roma con una tesis sobre la doctrina de la redención en Karl Rahner, y era muy poco lo que sabía sobre el monacato temprano. Así que me dediqué a leer con gran celo los antiguos escritos, esforzándome –como sistemático que era debido a mi formación– por introducir un orden en las diferentes ideas de los monjes antiguos y exponerlas de forma que resultasen comprensibles.

La conferencia en la que trabajé por entonces fue publicada el año 1975 en la revista *Erbe und Auftrag*. En ella tiene su nacimiento el primero de mis escritos breves, que lamentablemente ha permanecido, al haberse agotado, largo tiempo inaccesible para el público. Supone, por ello, una alegría para mí que la editorial Vier-Türme-Verlag se haya decidido a publicarlo de nuevo.

La expresión “pureza de corazón” –*puritas cordis*– es obra de Juan Casiano. Como el resto de los monjes antiguos, Casiano veía en la contemplación de Dios la verdadera meta del monje. Los monjes estaban fascinados por la sexta bienaventuranza de Jesús: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). Para poder ver a Dios, se necesita un corazón puro, un corazón desinteresado y que no esté turbado por las pasiones. Casiano vincula (en la *collatio* 12 de sus *Colaciones* o *Conferencias con los padres*) la bienaventuranza sobre la pureza de corazón con la historia de Jacob, interpretando que el nombre del patriarca significa “el que extirpa” los vicios. En su encuentro con el hombre oscuro, con su propia sombra, en la famosa escena del vado del Yaboc

(Gn 32, 23-33), Jacob recibe un nuevo nombre: Israel. La Biblia da a este nombre el significado “Fuerte ha sido él contra Dios”. Pero Casiano interpreta el nombre “Israel” con el significado de “videns Deum”, “el que ve a Dios”.

Para Casiano, la pureza de corazón no es más que el objetivo inmediato del monje, cuyo verdadero fin último está en realidad constituido por la visión de Dios. La vía que conduce a la pureza de corazón es trabajosa. Pasa por el combate con las pasiones, por la continencia, las vigiliass, la lectura de las Escrituras y el ayuno. Pero el que mantiene ante su vista el fin último –la visión de Dios– carga con todos esos trabajos de buen grado, como el labrador que no escatima esfuerzos al laborar sus campos, confiando en obtener una buena cosecha y poder vivir en adelante sin preocupaciones.

En este pequeño volumen se citan un gran número de sentencias de los monjes antiguos, todas las cuales no pretenden en realidad otra cosa que mostrarnos un camino por el que cada uno de nosotros podamos llegar a experimentar en propia carne la sexta bienaventuranza y ver a Dios con corazón puro. Ojalá que estas enseñanzas de los primeros monjes se conviertan para todos nosotros en camino de doctrina y de vida, y que este breve escrito, que como primero que es de los míos posee aún el encanto de la novedad, consiga llegar de una nueva manera a sus lectores y lectoras y conmoverlos en su corazón.

Münsterschwarzach, a 20 de febrero de 2013

P. Anselm Grün OSB

INTRODUCCIÓN

Una ola de meditación cubre Occidente desde hace años, dando fe de lo hondamente que los hombres y mujeres de nuestros días suspiran por hallar en recogimiento y quietud de espíritu un refugio en el que cobijarse de las prisas y el desconcierto de su vida cotidiana. A ese interés por la meditación subyace en muchas de esas personas un anhelo genuino por encontrar a Dios. Las formas de meditación puestas hoy día a disposición del público o bien han llegado a nosotros desde Oriente, o bien han sido desarrolladas por la psicología al servicio de fines terapéuticos. Los representantes de las formas psicológicas de meditación prometen a sus clientes relajación, curación y autorrealización, y los de las formas orientales, aparte de los beneficios ya citados, experiencia de Dios, iluminación y vivencias místicas.

Por muy valiosas que esas formas de meditación puedan ser para el hombre de nuestros días, en nuestro caso deberían ante todo suponer un estímulo para buscar en nuestra propia tradición cristiana experiencias vividas por personas que se hayan esforzado en su seno por encontrar a Dios.

En estas páginas nos acogeremos al magisterio de los monjes que vivieron entre los siglos III y VI después de Cristo. Esos monjes consagraron por entero su vida a Dios. Con una radicalidad desconocida para nosotros, trataron de purificarse sin cesar con el fin de prepararse para su encuentro con Él. En lo que de ellos se nos ha transmitido sobre su búsqueda de Dios, hace una y otra vez aparición una idea, la de “pureza de corazón”. En ella identificaban ellos el presupuesto psicológico que la persona tiene que hacer realidad en sí misma si de verdad quiere encontrar a Dios, contemplarlo y tener experiencia de Él. La pureza de corazón es un concepto clave de la espiritualidad monástica. El análisis de este concepto puede arrojar, a nuestro juicio, una buena porción de luz sobre el debate en la actualidad suscitado en torno a las más diversas formas de meditación. Dicho análisis pone de manifiesto un aspecto que descuidan –o del que ni tan siquiera son conscientes– muchas de las personas que se esfuerzan con honestidad por cultivar la meditación. Las vías que, según enseñan los monjes, conducen a la pureza de corazón, poseen, además, suficiente valor intrínseco por sí mismas como para merecer nuestra atención. Es muy posible que más de una persona descubra en ellas una vía que ella misma podría acaso transitar.

Para Juan Casiano, el más importante de los escritores del monacato occidental en el siglo V después de Cristo, el verdadero fin último del monje es el Reino de los Cielos, la visión de Dios. Pero dado que esa meta no puede el monje alcanzarla sin la pureza de corazón, esta última se convierte,

como consecuencia de ello, en el blanco inmediato al que aquél debe enderezar sus luchas¹.

La visión de Dios no puede el monje forzarla, no es nada que pueda serle proporcionado por la aplicación de una técnica meditativa. El único que puede concedérsela es Dios mismo. Sin embargo, el monje puede esforzarse por alcanzar la pureza de corazón. Y, al decir de los autores espirituales, la única actitud que con este fin puede caberle es empeñarse en una lucha sin cuartel. Por supuesto, la verdadera pureza es ella misma también, en último término, puro don de Dios. Pero el monje tiene que luchar por ella incansablemente, o de lo contrario no sería posible prestar crédito alguno al anhelo que, según él mismo dice, le mueve por ver a Dios. Sin las asperezas de la lucha le sería imposible intuir la gracia albergada en el don divino. Por “visión de Dios”, el verdadero fin último perseguido por los monjes, éstos entienden no tanto una iluminación mística, o una visión o experiencia extática, cuanto la vida en Su presencia, el diálogo constante con Dios. La pureza de corazón es aquí el presupuesto psicológico para poder vivir en presencia de Dios. Ella es el presupuesto antropológico de la oración incesante. Sólo quien haya limpiado su corazón de todo obstáculo, será capaz de vivir ininterrumpidamente en presencia de Dios y mantenerse sin cesar en diálogo con Él.

1. Cf. Juan Casiano, *Unterredungen mit den Vätern (Collationes Patrum)*, Teil I: *Collationes 1 bis 10*, traducción y comentario de Gabriele Ziegler, *Quellen der Spiritualität*, vol. 5, Münsterschwarzach 2011, Collatio 1,4. [Las citas de Casiano se han tomado de la traducción española de L. M^a y P. Sansegundo de las *Colaciones* de Casiano, Rialp, Madrid 1998. (N. del T.)]

I

LA ESENCIA DE LA PUREZA DE CORAZÓN

Pureza de corazón significa, en primer lugar, pureza de voluntad. Consiste en la disposición a no hacer otra cosa que la voluntad de Dios. Toda posible falsa segunda intención debe eliminarse, hasta el momento en que uno quede por fin internamente purificado y desee ponerse por entero a disposición de Dios. La pureza de voluntad implica haberse liberado de los vicios. De ahí que los monjes tengan que hacer suya la lucha contra éstos. Sólo habiendo sido vencidos los vicios, puede el corazón serenarse y quedar libre de miedos, libre de ansiedades y pasiones turbulentas. Pureza de corazón y sosiego interno van estrechamente unidos. Sólo el de corazón puro tiene sosiego en su corazón. Mientras las raíces de los vicios persistan afincadas en la persona, ésta no hallará sosiego en su interior.

La paz de corazón no implica solamente que la persona haya rescatado a sus pensamientos de su natural dispersión para recogerlos en Dios, sino que ella misma alcance también el sosiego en Él en sus sentimientos. Esto es algo que no cabe forzar con ningún tipo de concentración, sino únicamen-

te mediante un combate espiritual: el triunfo sobre los vicios, que en última instancia se manifiesta exteriormente en la humildad. Sólo la persona humilde puede estar realmente en paz en su corazón. Así lo decía ya uno de los Padres del desierto, el anciano Poemen:

*Si te desprecias a ti mismo tendrás paz, dondequiera que vivas.*¹

Parecido es también lo escrito a este propósito por Juan Casiano:

*La verdadera paciencia y tranquilidad de alma sólo puede adquirirse y consolidarse por una profunda humildad de corazón. La virtud que mana de esta fuente no tiene necesidad del retiro de una celda ni del refugio de la soledad. Porque no le hace falta un apoyo exterior, sino que brilla [como las estrellas en la noche], cuando está interiormente sostenida por la humildad, que es su madre y guardiana*².

La pureza de corazón posee también un aspecto en mayor medida intelectual, con el que se significa el hecho de pensarse sin cesar en Dios.

1. *Weisung der Vater – Apophthegmata patrum*, traducción de Bonifaz Miller, SOPHIA – *Quellen östlicher Theologie*, vol. 6, Trier, 82009. Apotegma 665.

2. Juan Casiano, *Unterredungen mit den Vätern (Collationes Patrum)*, Teil I: *Collationes 1 bis 10*, traducción y comentario de Gabriele Ziegler, *Quellen der Spiritualität*, vol. 5, Münsterschwarzach 2011, Collatio 8,13.